

EL MARTIRIO, SEMILLA DE RENOVACION

Los mártires de la persecución religiosa en España.

«En la legión de los nuevos beatos merece una atención particular el nutrido grupo de los mártires de Barbastro. Todos, en efecto, procedían del mismo seminario de los religiosos claretianos. Muchos eran clérigos que ya estaban a punto de recibir la ordenación sacerdotal. Durante la guerra civil española fueron acusados con pretextos y, luego, asesinados a sangre fría. Nos conmueve el hecho de que hayan sido llamados a dar testimonio de Cristo no aisladamente, sino de modo comunitario, constituyendo así, en cierto sentido, un seminario-mártir. Dicho acontecimiento adquiere un significado singular en este mes de octubre, porque en muchas partes del mundo los seminarios reanudan su actividad académica y formativa».

JUAN PABLO II: Meditación dominical a la hora del Angelus, 25 de octubre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española, año XXIX, núm. 44 (1.244), 30 de octubre de 1992.

«He combatido bien mi combate... he mantenido la fe' (2 Tm 4, 7).

«Así se dice en la segunda carta a Timoteo. La Iglesia, leyendo estas palabras en este domingo, las aplica a los mártires españoles del tiempo de la guerra civil. Estos son los que han conservado la fe' en nuestro siglo, los que han combatido bien el combate': los testigos (martyres) de Cristo crucificado y resucitado.

«Han conservado la fe'. No se han asustado ante las amenazas y las persecuciones. Han sellado con la vida la Verdad que profesaban con los labios. Han sido capaces de 'dar la vida': Nadie tiene mayor amor que el que da la vida' (Jn 15, 13).

«Al santísimo martirio del mismo Hijo de Dios han asociado su martirio de fe, de esperanza y de amor. Y este martirio, es decir, este testimonio se ha extendido por toda Europa, que en el siglo XX de modo especial se ha enriquecido con el testimonio de muchos mártires: desde el Atlántico hasta los Urales.

«Los beatos Braulio María Corres, Federico Rubio y 69 compañeros, todos ellos religiosos de la orden Hospitalaria de San Juan de Dios, la mayoría españoles, Combatieron bien su combate, corrieron hasta meta y mantuvieron su fe' (cf. 2 Tm 4, 7). Por tratarse de personas consagradas de nuestro tiempo, estos

"mártires son conocidos y recordados todavía en sus lugares de origen o donde ejercieron su apostolado. En efecto, asiste a esta solemne beatificación un nutrido grupo de parientes cercanos y numerosos paisanos. No falta tampoco un pequeño grupo de religiosos compañeros de los mismos mártires, de los cuales recibieron un ejemplo inolvidable.

»Especial mención merecen los siete hermanos hospitalarios de Colombia, por ser los primeros hijos de esa querida nación que llegan al honor de los altares. Ellos se encontraban en España completando su formación religiosa y técnica cuando el Señor los llamó a dar este testimonio de su fe. Hoy, en coincidencia con el V Centenario de la evangelización de América, reconocemos públicamente su martirio y los presentamos como una primicia de la Iglesia colombiana.

»Yo estoy a punto de ser sacrificado y el momento de mi partida es inminente' (2 Tm 4, 6). Estas palabras de san Pablo, que acabamos de escuchar, parecen inspirar los mensajes dejados por los mártires Felipe de Jesús Munárriz y 50 compañeros Misioneros Hijos del Corazón Inmaculado de María. Todos ellos, también de nuestro tiempo, pertenecían a la comunidad-seminario de la ciudad aragonesa de Barbastro.

»Es todo un seminario el que afronta con generosidad y valentía su ofrenda martirial al Señor. La entereza espiritual y moral de esos jóvenes nos ha llegado a través de testigos oculares y también por sus escritos. A este respecto son bien elocuentes los testimonios personales que los jóvenes seminaristas nos han transmitido. Uno de ellos escribiendo a su familia dice: 'Al recibir estas líneas canten al Señor por el don tan grande y señalado como es el martirio que el Señor se digna concederme'. Otro escribía también: '¡Viva el Corazón Inmaculado de María! Nos fusilan únicamente por ser religiosos' y añade en su lengua materna: 'No ploreu per mi. Soc màrtir de Jesucrist'.

»Estos mártires expresaban su firme decisión de dedicarse al ministerio sacerdotal en los siguientes términos: 'Ya que no podemos ejercer el sagrado ministerio en la tierra, trabajando por la conversión de los pecadores, haremos como santa Teresita: pasaremos nuestro cielo haciendo bien en la tierra'.

»Todos los testimonios recibidos nos permiten afirmar que estos claretianos murieron por ser discípulos de Cristo, por no querer renegar de su fe y de sus votos religiosos. Por eso, con su sangre derramada nos animan a todos a vivir y morir por la Palabra de Dios que hemos sido llamados a anunciar.

»Los mártires de Barbastro, siguiendo a su fundador san Antonio María Claret, que también sufrió un atentado en su vida,

»sentían el mismo deseo de derramar la sangre por amor de Jesús y de María, expresada con esta exclamación tantas veces cantada: 'Por ti, mi Reina, la sangre dar'. El mismo santo había trazado un programa de vida para sus religiosos: 'Un hijo del Corazón Inmaculado de María es un hombre que arde en caridad y que abrasa por donde pasa; que desea eficazmente y procura, por todos los medios, encender a todo el mundo en el fuego del divino amor' (Biografía, cap. 34).

»Unánime es el testimonio de que, tanto los Hermanos de San Juan de Dios como los Misioneros Claretianos, murieron dando gloria a Dios y perdonando a sus asesinos. Varios de ellos en el momento del martirio, repiten las mismas palabras de Cristo: 'Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen' (Lc 23, 34). Todos prefieren la muerte antes que renegar de la fe y de su vida religiosa. Caminan hacia el suplicio contentos por el don del martirio, del que no se sienten dignos, no obstante en el corazón de todos, especialmente de los jóvenes, se fraguaron grandes ideales apostólicos de anunciar el Evangelio a los hombres; unos, con el cuidado de los enfermos; los otros, con el ministerio de la predicación como misioneros.

»En el momento supremo de la prueba todos manifiestan un gran amor a su instituto y también a su familia natural; en cuyo seno han recibido la semilla de la fe, dando los primeros y sólidos pasos en la vida cristiana que les llevaría a descubrir la semilla de su vocación religiosa, apoyados por el desprendimiento y generosidad de los propios padres.

»El testimonio de estos beatos es un ejemplo vivo y cercano para todos, pero particularmente para vosotros, Hermanos de San Juan de Dios y Misioneros Claretianos. Al ser jóvenes y estudiantes de teología la mayoría de ellos, su vida es como una llamada directa a vosotros, novicios y seminaristas, a reconocer la validez permanente de una adecuada formación y preparación intensa, basada en una sólida piedad, en la fidelidad a la vocación y en la pertenencia gozosa a la Iglesia, sirviéndola a través de la propia congregación; en una vida abnegada de comunidad; en la perseverancia y testimonio de la propia identidad religiosa. Sin todos estos presupuestos, nuestros beatos no habrían podido alcanzar la gracia del martirio.

»Todos estos mártires nos han dejado, de palabra o por escrito, un mensaje particular: el perdón de los enemigos. Toca a cada uno de nosotros poner en práctica ese perdón. Con san Pablo podemos repetir: 'Que Dios les perdone' (2 Tm 4, 16), pero al mismo tiempo cada cristiano debe plantar en el propio ambiente esta semilla del perdón. No cabe duda de que nuestros

*"mártires, con su constante intercesión y protección, la harán
"crecer en copiosos frutos de reconciliación.*

*»'El Señor me ayudó', escribe el autor de la segunda carta a
"Timoteo.*

»'El Señor me ayudó y me dio fuerzas' (2 Tm 4, 17).

*»Hoy damos gracias por esta fuerza que se ha convertido
"también en la fuerza de los mártires en tierra de España. La
"fuerza de la fe, de la esperanza y del amor, que se ha demostra-
"do más fuerte que la violencia. Ha sido vencida la crueldad de
"los pelotones de ejecución y en entero sistema del odio organi-
"zado.*

*»Cristo, que se ha hecho presente junto a los mártires, ha
"venido a ellos con la fuerza de su muerte y de su martirio. Al
"mismo tiempo, ha venido a ellos con la fuerza de su resurrección.
"No temas... estuve muerto, pero ahora estoy vivo por los si-
"glos de los siglos y tengo las llaves de la Muerte y del Hades'
"(Ap 1, 17-18).*

*»El martirio es una especial revelación del misterio pascual,
"que sigue actuando y se ofrece a los hombres en los diversos
"momentos de su vocación cristiana.*

*»'El Señor... me ayudó y me dio fuerzas para anunciar ínte-
"gro el mensaje, de modo que lo oyeran todos los gentiles' (2 Tm
"4, 17).*

*»Al final del siglo XX la Iglesia inscribe en su martirologio
"a todos aquellos que en este siglo crítico y ante las crueldades
"y los gulag, las cárceles y los campos de concentración han dado
"testimonio de la fe, de la esperanza y del amor de modo heroico.*

*»'Sanguis martyrum, semen christianorum'. No olvidamos que
"esta sangre ha sido derramada en diversas regiones de Europa:
"sanguis martyrum.*

*»¿Podemos dudar de la semilla de este martirio? Si parecen
"crecer —bajo diversas formas— las fuerzas que tratan de desa-
"rraigar la semen christianorum de las almas humanas, nosotros
"no podemos olvidar la fuerza del Evangelio.*

*»La palabra de Dios echa siempre nuevas raíces. Sobre estas
"raíces debemos crecer.*

*»'Para anunciar íntegro el mensaje, de modo que lo oigan to-
"dos los gentiles'».*

JUAN PABLO II; Homilía en la ceremonia de beatificación de los mártires de Barbastro, 25 de octubre. *L'Osservatore Romano*, edición semanal en lengua española año XXIX, núm. 44 (1.244), 30 de octubre de este siglo.

Los mártires mexicanos de este siglo.

«Hoy la Iglesia contempla con inmensa alegría la singular grandeza de veintiséis de sus hijos, quienes en reconocimiento del reinado de Cristo ofrecieron heroicamente sus vidas, expresando así que, si Dios lo es todo y todo lo hemos recibido de él, es justo entregarse totalmente a él, único Absoluto, fuente inagotable de vida y de paz.

»Durante las duras pruebas que Dios permitió que experimentara su Iglesia en México, hace ya algunas décadas, estos mártires supieron permanecer fieles al Señor, a sus comunidades eclesiales y a la larga tradición católica del pueblo mexicano. Con fe inquebrantable reconocieron como único soberano a Jesucristo, porque con viva esperanza aguardaban un tiempo en el que volviera a la nación mexicana la unidad de sus hijos y de sus familias.

»A todos dirijo mi más afectuoso saludo y os aliento a seguir manteniendo encendida la antorcha de la fe en vuestras comunidades eclesiales, pues estos mártires son para vuestra nación una genuina expresión de ¡México, siempre fiel!

»Veintidós de ellos eran sacerdotes diocesanos, los cuales desarrollaban una fecunda labor apostólica en sus Iglesias particulares: Guadalajara, Durango, Chilpancingo-Chilapa, Morelia y Colima. Todos, aun antes de sufrir la persecución ya habían ofrecido a Dios y a su pueblo una vida ejemplarmente sacerdotal.

»Es de notar su amor a la Eucaristía, fuente de vida interior y de toda acción pastoral, su devoción a Santa María de Guadalupe, su dedicación a la catequesis, su opción por los pobres, los alejados y los enfermos. Una entrega tan generosa y una constante inmólación diaria ya había hecho de estos sacerdotes auténticos testigos de Cristo, aun antes de recibir la gracia del martirio.

»Su entrega al Señor y a la Iglesia era tan firme que, aun teniendo la posibilidad de ausentarse de sus comunidades durante el conflicto armado, decidieron, a ejemplo del buen Pastor, permanecer entre los suyos para no privarlos de la Eucaristía, de la palabra de Dios y del cuidado pastoral. Lejos de todos ellos encender o avivar sentimientos que enfrentaran a hermanos contra hermanos. Al contrario, en la medida de sus posibilidades procuraron ser agentes de perdón y reconciliación.

»Junto con estos sacerdotes mártires queremos honrar, de modo especial, a tres jóvenes laicos de la Acción Católica: Manuel, Salvador y David, los cuales, unidos a su párroco Luis

"Batis, no dudaron en reconocer —como nos dice san Pablo—
"que 'la vida es Cristo y la muerte, una ganancia' (Flp 1, 21),
"mostrando así la fiel entrega al Señor y a la Iglesia que ha ca-
"racterizado al noble pueblo mexicano.

»Estos tres laicos, como otros muchos en la historia —nos
"dirá el concilio Vaticano II—, fueron llamados a 'dar supremo
"testimonio de amor ante todos, especialmente ante los persegui-
"dores' (Lumen gentium, 42). A este respecto, es bien expresivo
"el testimonio de Manuel, de veintiocho años, esposo fiel y padre
"de tres niños pequeños, el cual antes de ser fusilado exclamo: 'Yo
"muero, pero Dios no muere, él cuidará de mi esposa y de mis
"hijos'.

»La solemnidad de hoy, instituida por el Papa Pío XI preci-
"samente cuando más arreciaba la persecución religiosa en Méxi-
"co, penetró muy hondo en aquellas comunidades eclesiales y dio
"una fuerza particular a estos mártires, de manera que al morir
"muchos gritaban: ¡Viva Cristo Rey y la Virgen de Guadalupe!
"A través de esta fiesta los católicos han podido descubrir toda
"la profundidad de la realeza divina, que culmina en el sacrificio
"de la cruz y se manifiesta también donde impera la justicia y
"misericordia, donde se favorece el perdón y la reconciliación,
"como único camino para la paz y la convivencia social.

»Que el recuerdo de los nuevos beatos, en el marco de las
"celebraciones del V Centenario de la evangelización de América,
"baga que todos nosotros seamos testigos de la presencia sobera-
"na y amorosa de Jesús en medio de los hombres. Que como
"cristianos comprometidos aceptemos el llamado a ser apóstoles
"entre los demás, para que Cristo reine con más esplendor en sus
"vidas. La Iglesia tiene necesidad de ello; el mundo espera de
"nosotros una entrega total.

»Con el apóstol Juan proclamamos que estos beatos han ven-
"cido 'gracias a la sangre del Cordero... porque despreciaron su
"vida ante la muerte. Por eso regocijaos cielos y los que en ellos
"habitáis' (Ap 12, 11-12). Todos debemos estar dispuestos a con-
"fesar a Cristo ante los hombres y a seguirle, si fuera necesario,
"por el camino de la cruz, en medio de las persecuciones, que
"nunca faltan ni faltarán a la Iglesia (cf. Lumen gentium, 42)».

JUAN PABLO II: Homilía en la misa de beati-
ficación de 25 mártires mexicanos y una religiosa
mexicana fundadora, 22 de noviembre. L'Osse-
vatore Romano, edición semanal en lengua espa-
ñola, año XXIX, núm. 48 (1.248), 27 de no-
viembre de 1992.